

Norman Manea

Payasos

El dictador y el artista



Índice

Portada
Nota a la presente edición
Nota del autor
Cita
Rumania en tres frases (comentadas)
Payasos: el dictador y el artista
El informe del censor
Felix culpa
Historia de una entrevista
Exilio
Ultraje y carnaval
Incompatibilidades
Notas
Créditos

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El libro *Payasos. El dictador y el artista* apareció, primeramente, en la editorial neoyorquina Grove Press, en 1992, junto con *Octubre a las ocho*. Con posterioridad, el libro se publicó en Inglaterra (Faber&Faber, 1994), Italia (Il Saggiatore, 1995, 1999 y 2004), Alemania (Hanser Verlag, 1998), Polonia (Pogranicze, 2000), Hungría (Europa, 2003) y Grecia (Agra, 2003).

Con respecto a la primera edición rumana, publicada en 1997 por la Editorial Biblioteca Apostrof, de Cluj, la actual edición presenta correcciones, simplificaciones y aclaraciones y ha renunciado a algunas posdatas polémicas (en «Felix culpa» y en «Historia de una entrevista»). Se ha añadido a esta edición el ensayo «Incompatibilidades».

Quizás habría que añadir que algunas reacciones públicas –lamentables y reveladoras– surgidas con motivo de la aparición de los ensayos «Felix culpa» e «Incompatibilidades», y los lastimosos ataques personales dirigidos contra su autor se han convertido, entretanto, en material de archivo. El tono del discurso público ha cambiado y en el momento actual prevalece la simplificación. Confiamos en que el lector haga la oportuna conexión de lectura con la realidad inmediata.

NOTA DEL AUTOR

(A la primera edición, aparecida en la editorial Grove Press, Nueva York, 1992.)

A mi llegada a Occidente, hace unos cuantos años, la premura por describir la existencia bajo la dictadura rumana y, lo que es todavía más importante, las enseñanzas que se habría podido sacar de aquellas vivencias, chocaron contra mi repugnancia por acrecentar los estereotipos del sufrimiento ya clasificados y comercializados en el repertorio de la disidencia de la Europa oriental.

Por fantásticas que fueran las escenificaciones, la sociedad totalitaria de la que yo procedía no era, como habría preferido creer la audiencia occidental, una suerte de aberración demoniaca y ultraterrena sino una realidad humana que, en cualquier momento y con otras formas, podría renacer como ideología e incluso como estructura social.

Al principio de mi exilio, lo que más me apetecía debatir era, sobre todo, la relación entre el escritor, el Poder y las no tan inocentes masas oprimidas. Y, por descontado, la relación entre el escritor y su propia vulnerabilidad.

En todos los sistemas políticos que utilizan la cultura como arma (honrando al artista con privilegios o castigos exagerados), el escritor se enfrenta continuamente a trampas destinadas a comprometerlo, a destruir paulatinamente su integridad y, por ende, su identidad. Éste ha de aprender a defenderse, muy en especial, de las trampas mentales, de las visiones simplistas no sólo del interior de los sistemas totalitarios, sino de todas partes. Lo que a veces parece una polaridad elemental podría resultar, en realidad, sólo complementariedad. Muchos antifascistas fueron co-

munistas, como es sabido; con bastante frecuencia, los adversarios de un sistema totalitario (fascismo, comunismo o fundamentalismo religioso) son, consciente o inconscientemente, abogados de otro totalitarismo. El auténtico espíritu liberal de la democracia no sólo se opone al totalitarismo sino que es ajeno a él y, por su propia naturaleza, se halla por encima de las polarizaciones.

Los esfuerzos de toda una vida por evitar tales celadas me llevaron a ser cada vez más escéptico respecto al kitsch político y a recelar de las etiquetas de manipulación. Incluso después de haber caído las máscaras comunistas de los desfigurados y cansados rostros de los millones de cautivos de la Europa del este, que ahora se debaten en una dolorosa y prolongada transición hacia una sociedad civil, el escepticismo y el recelo no han disminuido. En la otra orilla, la sociedad libre parecía perfectamente satisfecha, vengada, por la victoria, considerando el hundimiento de la parte contraria como su propia legitimación y evitando así el tener que hacer un correlativo examen de conciencia sobre sí misma. Como *outsider* en ambos sistemas, yo no podía ignorar la doble ironía de la situación.

Muchos interrogantes se agolparon en los primeros años de destierro, en el complicado paso de una orilla a otra del mundo, no muy diferente del salto en el vacío. La conmoción no es únicamente lingüística. No es difícil imaginar por qué se produce, por regla general, un compás de espera, antes de que el desterrado pueda volver a escribir o por qué en el destierro escribe de forma intermitente. Así pues, hasta ahora, no he estado en condiciones de abordar más que algunos de los temas que me obsesionaban.

Los presentes ensayos, sometidos a cierta retórica dialéctica y periodística, tratan todos ellos de la relación entre el escritor y la ideología y la sociedad totalitarias en un país en el cual la tradición política no ha sido precisamente admirable y donde la dictadura de los últimos decenios fue una pintoresca mezcla de brutalidad y farsa, de oportunis-

mo y demagogia. Se puede entender por qué la culpa de los que se dejaron embriagar por las utopías totalitarias no fue una *felix culpa* y por qué las máscaras felices de los que fueron recompensados por su complicidad cotidiana con el Poder no provocan solamente risa.

Pero para otros, la vida en cautividad significó resistencia, solidaridad y todo lo que el sufrimiento y la esperanza imponen. Las heridas son duraderas. Han dejado en el convaleciente sólo un optimismo moderado, con independencia de en qué meridiano haya de intentar un nuevo futuro. Razón por la cual la vivacidad de la victoria y la alegría de la liberación no abundan en estas páginas.

En 1945, cuando era un niño, recibí al regresar del campo de concentración un libro de leyendas populares rumanas. Aún recuerdo hoy aquel primer regalo, las tapas gruesas y verdes, la magia del momento: la palabra como milagro. Más tarde hube de descubrir, de forma inevitable, la palabra como arma contra el ser humano o en defensa de él.

Al escribir estos ensayos he meditado con frecuencia, como en los tiempos en que escribía otros libros, en especial *Los años de aprendizaje de Augusto el Tonto*, sobre la formación por la deformación, sobre el conflicto entre las aspiraciones individuales y la presión opresora de la Gran Bestia, como llamaba Simone Weil a la sociedad. En un estado totalitario, la sociedad cerrada y la compresión del individuo en una masa amorfa evolucionaron hasta convertirse en una prisión global constituida por celdas, individuales y del Estado, vigiladas todas ellas no sólo por carceleros sino también por nuestros mismos conciudadanos: una solución brutal a los conflictos sociales que los regímenes democráticos afrontan, por regla general, de modo humano, civilizado e incluso eficaz.

Puedo imaginarme el aprendizaje social de cualquier persona y en cualquier lugar como la aventura de un Augusto el Tonto, narcotizado por promesas engañosas. Con

mucha más razón, la vida del artista, un profesional de las quimeras.

No obstante, la experiencia totalitaria es algo incomparable, una situación extrema cuyos límites siempre pueden extenderse y cuyo potencial maligno da lugar a una patología social cancerosa. Una sociedad en absoluto monolítica, como esperaban los comunistas y sostenían los anticomunistas, caracterizada, en realidad, por la ambigüedad y la hipocresía, las máscaras y el artificio. Únicamente los amos y domadores del Circo totalitario creían en la magia absoluta del terror y en la fascinación de los falsos trofeos.

Si la tragedia totalitaria no puede olvidarse, tampoco puede serlo la comedia totalitaria, ya que son inseparables. El escritor, caso extremo en una situación extrema, se convierte, en esta situación, en el símbolo del callejón sin salida en el que se encuentra toda la sociedad.

Si quiere ser honesto, el superviviente no puede permitirse ilusiones frívolas ni lamentaciones exageradas. Como escritor, el superviviente sabe perfectamente que el juego del arte desafiará siempre a la Gran Bestia, pero nunca la domesticará. El que Flaubert se viera como un saltimbanqui no parece una simulación: la parodia del Gran Adversario es la revancha irónica que tiene el escritor.

Bard College, junio de 1991

*-I am nothing but an Irish clown, he said, a great joker at the universe.**

Jacques Merchanton, *The hours of James Joyce*

Rumania en tres frases (comentadas)

«... el demonio del sadismo y la estupidez obstinada.»

«Si la administración y la política estuvieran a la altura del movimiento artístico...»

«Una región donde vivían hombres y libros.»

1

«En la Rumania legionaria, burguesa y nacionalista vi el rostro del demonio del sadismo y la estupidez obstinada.» Las palabras de Eugen Ionescu* se publicaron en Rumania en 1946 (pero, más tarde, se detallan de forma significativa en el volumen *Présent passé-Passé présent*, publicado en París en 1968).

La frase me ha preocupado en los últimos años. Me preguntaba cuántas palabras y cuáles habría que cambiar para caracterizar la situación actual.

Cuando era niño, yo mismo viví los horrores del odio y de la guerra en la Rumania legionaria,^{1**} burguesa y nacionalista. Luego, consulté numerosos libros, documentos, creaciones artísticas y estudios de todo tipo para entender el fenómeno de la Alemania nazi pero también sus diversas variantes europeas, observando los distintos significados, social, histórico y psicológico (o sea, humano), de una profunda degradación colectiva. El desconcierto y la exasperación de unos estratos cada vez más amplios de población,

la extinción progresiva (por medio del terror) de la sociedad civil, la institución de un estado de sitio cotidiano en el que «el enemigo» externo se convierte en un mero pretexto para aniquilar a los «sospechosos» dentro de la ciudadela.

Pero sólo en los últimos años me pareció entender de verdad el mecanismo que hace que proliferen semejantes desastres. Bajo la presión cada vez más acentuada de la erosión económica, política y moral, Rumania ofrecía el cuadro inmediato de un derrumbamiento en el que yo ya no era sólo cobaya, como en mi infancia, sino también observador, más aún, uno de los «sospechosos» que todavía no estaban desarmados del todo.

Me he acordado más de una vez de la película de Bergman *El huevo de la serpiente*, del marasmo de la Alemania prenatal, de las fases paranoicas del desconcierto y la manipulación, del modo en que el desánimo se convierte en resignación y luego en sometimiento, cómo la insatisfacción busca, a toda prisa, metas marginales, cómo la estupidez y la violencia estallan donde pueden, en condiciones de miseria y acoso cotidianos.

Apresurémonos a decir que, a pesar de las abundantes semejanzas, la Rumania de hoy no es la Rumania legionaria, burguesa y nacionalista de la época de entreguerras y de la contienda.

Las prolongadas controversias que han tenido lugar en Occidente en los últimos años acerca del parecido entre el nazismo y el comunismo ignoran, de forma no del todo inocente, las diferencias entre los dos sistemas totalitarios. La aceptación de las cómodas etiquetas, característica de la necesidad muy común de simplificación, se asocia, probablemente, con la ingenua convicción de que, demostrando que las dos formas de dictadura tienen efectos igualmente catastróficos, se puede llegar, mediante una especie de culpabilidad general, a relativizar las culpas y, así, a una gradual e implícita disculpa.

Tampoco el modo como se «prestan» a veces los métodos iguala los dos sistemas. Quien quiera entender algo esencial sobre el «socialismo real» (pero también quien investigue el carácter y las consecuencias del «nacionalsocialismo») debería profundizar antes en las diferencias entre el nazismo y el comunismo. Este último proponía un generoso ideal humanista, de amplia audiencia, y se servía de una duplicidad estratégica variada, más sutil, lo que explica, tal vez, siquiera en parte, su venerable edad y su incomparable fuerza de penetración. El nazismo fue coherente consigo mismo al hacer lo que hizo; quienes lo siguieron, al menos en las primeras fases, lo «eligieron» con conocimiento de causa y «legalmente». Por el contrario, el comunismo no es coherente consigo mismo cuando hace un análisis de la relación proyecto-realidad: es un sistema que se ha impuesto por la fuerza y ha obligado a las masas a seguirlo. La discordancia entre la ideología y las necesidades concretas de gobierno, entre el ideal propuesto y la realidad que lo niega, origina, de hecho, la capacidad relativa de corregir, de reestructurar y de mistificar. En la amplia zona de «discordancias» (en la que actúa la demagogia y se manifiesta la elasticidad social) actúan también los procesos vitales, es decir, se mueve también la vida, lo cotidiano.

Las comparaciones, no obstante, no están desprovistas de interés ni las semejanzas carecen de significado. La oscuridad en las calles de Bucarest, el frío en las casas, las colas interminables para procurarse los alimentos básicos, la ubicuidad de la policía y de sus colaboradores, el nacionalismo como estratagema de diversión, unas relaciones humanas cada vez más agresivas, el monstruoso crecimiento de la presión oficial, ejercida cínicamente por todas las vías, económicas, policiales, psíquicas y administrativas, me recordaron a menudo las imágenes prenazis de la película de Bergman. Esa situación asfixiante y confusa, en constante balanceo entre implosión y explosión que el sistema mantiene mediante el estilo «larvario» que imprime a la vida co-

tidiana. Un perpetuo aplazamiento que potencia la sospecha, la escisión, la maniobra de diversión, la demagogia y la doblez. Una restricción progresiva, hasta la aniquilación, de la vida privada, cada vez más limitada por efecto de la «estatalización» del tiempo, el cual se ha convertido en una cuota que la autoridad le arranca al individuo, y por la focalización obsesiva de todas las preocupaciones en una única dirección, la supervivencia, reglamentada por el Poder. Las horas sacrificadas en las colas, reuniones y manifestaciones sumadas a las de trabajo y embrutecimiento en el desastroso «transporte público» para ir y volver al centro de trabajo, de reunión y de aprovisionamiento se unen a las horas en que, cuando uno finalmente ha llegado a casa, a la jaula personal, se queda perdido, mudo, mirando al vacío durante un tiempo indefinido que parece el infinito de la desesperación.

La mirada al vacío y el pensamiento en ninguna parte... La mirada enferma de ese mismísimo rostro, presente en todas las paredes y en todas las habitaciones y la pregunta de si la maldición fijada en ese rostro, proyectado cientos de veces delante de los ojos, es un acontecimiento aciago, un desajuste psíquico además de histórico, o si no es otra cosa que la polarización del mal latente en todos desde siempre, que ahora explota como destino colectivo.

En todas partes, la presencia insidiosa y dilatada del monstruo llamado Poder. En casa, en los pensamientos, en el lecho conyugal... El Poder de las tinieblas. El agujero negro en el que fermentan la impotencia y la vanidad, el demonio del sadismo y de la estupidez astuta y tenaz. La impersonalidad que no se cansa de afirmarse: el culto de la afirmación por la supresión. El vacío al que no se le pueden poner barreras. La polarización de la energía maléfica... *Él, ella, ellos...* La tiranía con los familiares y sus siervos grotescos. Las festividades del poder, de la estupidez y de la per-

versidad. Las funestas patologías colectivas. El miedo. La apatía. La despersonalización. La rinocerización. El demonio del sadismo y la estupidez obstinada.

¿Hasta dónde puede actuar el instinto de conservación?, ¿cuánto puede soportar el hombre?, ¿a qué transformaciones está dispuesto u obligado bajo el peso del terror? Pánico, cansancio, asco... en el trabajo, en las colas, leyendo el mismo diario estúpido, viendo las dos horas de horror cotidiano en la televisión. El permiso para tener una máquina de escribir, los ambulatorios míseros y abarrotados hasta los topes... la sensación de poder morir en cualquier momento y que, sobreviviendo, lo único que hace uno es fraccionar y prolongar esa muerte lenta día a día y hora a hora. Poco a poco, deja uno de verse con los amigos porque los autobuses circulan con poca frecuencia y van atestados y se ha vuelto imposible ir de una punta a otra de la ciudad porque nadie tiene nada con qué invitar, ni comida, ni bebida ni tan siquiera tabaco, porque ya no soporta repetir por enésima vez la misma frase de la desesperanza y no quiere la derrota, cada vez más rugosa, del otro y la propia de uno.

La mentira cada vez más autoritaria y agresiva. La desesperación convertida en neurosis. La resignación envenenada por el cinismo. Se trata tan sólo de los aspectos más chocantes de un fenómeno social de una prolífica «diversidad», difícil de resumir y de explicar con lógica en su paradójica coherencia destructiva.

Resulta reveladora la misma sucesión de los acontecimientos «personales», la materia prima del calendario y de la biografía.

La primera mitad del año 1986 significó para mí, antes que nada, la lucha contra la censura, que había prohibido, cuando ya estaba en prensa, la publicación de la novela *El sobre negro*.^{*} Una confrontación con un adversario terco y

demoniaco que siempre estaba inventándose exigencias absurdas. Casi medio año duró la lucha por cada página, cada frase y cada palabra.

En mayo había participado en Târgu Mureș en un coloquio sobre la novela rumana contemporánea. Tras la explosiva Conferencia de los Escritores de 1981, las autoridades utilizaban, en las reuniones de escritores, el mismo guión: prohibición de contacto con el público (incluso el conciso comunicado de prensa había de ser críptico y su finalidad la desinformación), grabación por cinta magnetofónica de todas las intervenciones, no resolver las reivindicaciones y transmitir las para su «estudio» a los organismos cuya misión era completar el «expediente» de cada uno de los participantes. La relación amistosa con los colegas de la revista literaria que organizaba el coloquio me llevó, pese a esas previsiones, a aceptar la invitación para participar.

Además del grupo de los quince o veinte escritores, se hallaban también en la sala los delegados del Consejo de Cultura y Educación Socialistas de Bucarest, activistas locales culturales y del Partido flanqueados por desconocidos que, por su aspecto y porte, daban a entender bien a las claras la institución a la que pertenecían. En la mesa presidencial se encontraba, naturalmente, el siempre presente magnetofón.

Estaba decidido a no tomar la palabra. Sin embargo... al escuchar el inteligente alegato de un colega de talento sobre la primacía de lo estético a la hora de valorar una obra literaria, no pude abstenerme y maticé sus afirmaciones sobre la inutilidad del «lastre» coyuntural y contestatario en las novelas de actualidad. Traté de demostrar que, por desgracia, una retirada «estética» ante lo cotidiano y sus punzantes interrogantes no había dado hasta el momento en la novela rumana actual un número significativo de obras de valor. ¿Acaso porque la «estética» se habría convertido en *este-ética*²? La referencia a este nada fortuito juego de palabras no fue, desde luego, casual ni tampoco

la referencia que, al concluir, hice de Borges y Sábato. Pero no dije nada acerca de la similitud entre Rumania y Argentina, sobre la que había meditado en los últimos años. No sólo sobre ciertas semejanzas estructurales y de temperamento, sino también sobre las relativas al desgraciado contraste entre las dotes artísticas y la confusa y tenebrosa realidad política. (Al escribir la novela *El sobre negro*, en los años del desastre rumano, además de la sombría y extraña organización de ciegos de la novela *Sobre héroes y tumbas* de Sábato, «dialogué» también con la siniestra dictadura argentina.)

Al día siguiente, en el momento de salir para el aeropuerto, un redactor de la revista literaria local me advirtió confidencialmente de que aquella misma mañana lo había visitado, al igual que a otros de sus colegas, un oficial de la Securitate que le preguntó su opinión sobre mi intervención y, en general, sobre el «personaje» que era yo.

Éramos cuatro los que partíamos a aquella hora en avión a Bucarest. Al entrar en el aeropuerto habíamos de presentar los billetes con el documento de identidad. Un control rutinario, los tres que me precedían se dirigían ya a la entrada... pero, oh sorpresa, a mí me sometieron a un control especial. El oficial encargado del control se quedó con mi documentación y me dijo que esperase. Se marchó con ella en las manos para... comprobación, eso dijo. Los tres colegas volvieron a la puerta de acceso y esperaron, solidarios conmigo, la solución del «caso». Las explicaciones que los militares de la entrada nos daban lo único que demostraban era, en realidad, la idiotez obstinada y hostil de los uniformados.

«Una operación de rutina», me aclaró luego un amigo, buen conocedor de esa clase de provocaciones... «Nada de importancia, ya sabes. Lo único que querían es que vieras que estás en su punto de mira. Cosa que, de cualquier modo, habrías tenido que sospechar.»